

JESSICA TOWNSEND

NEVERMOOR

Las
PRUEBAS *de*
MORRIGAN
CROW



DESTINO

NEVERMOOR

LAS PRUEBAS DE MORRIGAN CROW

JESSICA TOWNSEND

Traducción de Elda García-Posada

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Nevermoor. The trials of Morrigan Crow*
Publicado mediante acuerdo con Lennart Sane Agency AB.

Marco del manifiesto de la página 5 creado por Freepik

© del texto: Jessica Townsend, 2017

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Jim Madsen, 2017

© de la traducción: Elda García-Posada, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-08-18764-6

Depósito legal: B. 10.227-2018

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

MANIFIESTO NEVERMOOR

*7 consejos para mantener la ilusión
y creer siempre en la magia:*

1. Recuerda que todos tenemos un talento oculto.
¡Encuentra el tuyo!
2. Las vísperas de tus cumpleaños siempre serán especiales.
3. Habla con los animales... algún día te responderán.
4. Los abrazos y los besos lo curan todo.
5. Observa bien el mundo que te rodea, te sorprenderá.
6. Hazte amigo de un gigante pelirrojo.
7. Y nunca, nunca dejes de leer.



CAPÍTULO UNO

LA HIJA MALDITA DE LOS CROW

*Invierno del Once
(tres días antes)*

El gato que solía rondar por la cocina yacía muerto. Y, por supuesto, era culpa de Morrigan.

No tenía ni idea de cómo había sucedido, ni cuándo. Tal vez, pensó, había comido algo en mal estado durante la noche. No tenía heridas que sugirieran que hubiera sido atacado por un perro o un zorro, sino solo un hilillo de sangre seca que le salía por una comisura de la boca. De no ser por eso y por el hecho de que estaba frío y tieso como un palo, se diría que dormía.

Nada más encontrar el cuerpo del animal a la débil luz de aquella mañana invernal, ella se acurrucó a su lado en el sucio suelo y,

apenada, le acarició el negro pelaje desde la cabeza hasta la punta de la mullida cola.

—Lo siento, gato —murmuró mientras reflexionaba acerca del lugar más conveniente para enterrarlo.

Se preguntó si sería buena idea pedirle a la abuela un trozo de alguna tela bonita para envolverlo con ella. Seguramente, no. Lo mejor sería usar uno de sus camisones.

En ese momento, la cocinera abrió la puerta trasera de la cocina con la intención de echar a los perros las sobras del día anterior. Sobresaltada al advertir la presencia de Morrigan, casi se le cae el cubo que llevaba en la mano. La anciana echó una ojeada al gato muerto y torció el gesto.

—¡Alabado sea el Señor! Aunque mejor su pellejo que el mío... —farfulló a la vez que se besaba el colgante que llevaba alrededor del cuello y daba unos golpecitos en la puerta de madera. Luego miró de reojo a Morrigan—. Me gustaba ese gato.

—Y a mí...

—Oh, sí... Ya lo veo... —añadió la señora con voz amarga al tiempo que se alejaba poco a poco de manera cautelosa—. Venga, ya puedes entrar. Te están esperando en el despacho.

Morrigan corrió a toda pastilla hacia la casa. Sin embargo, al salir al pasillo, se detuvo de golpe, volvió a mirar a hurtadillas a través de la puerta de la cocina y vio que la cocinera cogía un trozo de tiza y escribía en la pizarra: «GATO DE LA COZINA MUERTO». Justo debajo de una lista que ya incluía «PESCADO *PODRYDO*», «ATAQUE AL CORAZÓN DEL VIEJO TOM», «INUNDACIONES EN NORTH PROSPER» y «MANCHAS DE SALSA EN EL *MEGOR* MANTEL».



—Puedo recomendar varios psicólogos infantiles excelentes en el área metropolitana de Jackalfax.

La nueva asistente social ni siquiera había tocado su taza de té ni las pastas. Y eso que había llegado en tren aquella misma mañana desde la capital, después de un trayecto de dos horas y media, para luego recorrer andando el camino desde la estación hasta la Mansión de los Crow bajo una molesta llovizna. Tenía el abrigo empapado, y el pelo mojado se le pegaba a la cabeza como un casco. Morrigan intentó pensar en un remedio más efectivo para tan lastimoso estado que una simple infusión; no obstante, la mujer no parecía querer nada.

—No soy yo quien ha hecho el té... —dijo Morrigan—. Si es por eso por lo que no quiere probarlo...

La asistente la ignoró por completo.

—El doctor Fielding, por ejemplo, se ha hecho un nombre por su trabajo con niños malditos. Estoy segura de que ha oído hablar de él. El doctor Llewellyn es también un profesional con sobrada experiencia en este campo, si es que busca un enfoque más amable y maternal.

El padre de Morrigan carraspeó evidenciando su incomodidad.

—No creo que eso sea necesario.

Desde hacía algún tiempo, Corvus había desarrollado un leve tic en su ojo izquierdo que hacía acto de presencia solo durante esas reuniones mensuales obligatorias, circunstancia que le demostraba a su hija que él las odiaba tanto como ella. De todos modos, lo único que ella y su padre tenían en común era ese cabello negro como el carbón y la nariz torcida hacia un lado.

—Morrigan no necesita de semejante tipo de cuidados —continuó él—. Ya es una niña bastante sensible de por sí. Ella es muy consciente de cuál es su problema.

La asistente social se aventuró a lanzar una fugaz mirada a la chica, que se encontraba sentada a su lado en el sofá intentando aparentar tranquilidad y sosiego. Aquellas visitas siempre eran un rollo.

—Canciller, sin ánimo de parecer poco delicada, permítame que le diga una cosa: el tiempo vuela. Todos los expertos coinciden a

la hora de afirmar que nos encontramos en el último año de esta Era. El último antes de la Nocturnal —afirmó, haciendo que Morrigan desviara la atención hacia otra parte y se pusiera a mirar por la ventana, cosa que siempre hacía cuando alguien mencionaba esa palabra—. Debe darse cuenta de que este es un periodo de transición para...

—¿Tiene usted la lista? —preguntó Corvus con cierta impaciencia mientras miraba deliberadamente el reloj de la pared del despacho.

—Por... por supuesto —contestó la asistente, sacando una hoja de su carpeta con un ligero temblor.

«La mujer lo está haciendo bastante bien», pensó Morrigan; sobre todo, teniendo en cuenta que aquella no era más que la segunda vez que iba allí. En la primera visita, apenas se atrevió a elevar la voz más allá de un leve susurro y, a buen seguro, habría considerado una invitación al desastre sentarse a su lado.

—¿Quiere que la lea en voz alta? Este mes es bastante corta... Muy bien —dijo con rigidez.

Morrigan no sabía qué decir. Realmente no podía atribuirse el mérito de algo que escapaba a su control.

—Empezaremos con los incidentes que requieren de indemnización —continuó la asistente social—. El Consejo Municipal de Jackalfax pide setecientos *kreds* por los desperfectos causados durante una granizada en un quiosco.

—Creía que habíamos quedado en que los fenómenos meteorológicos extremos no podían ser atribuidos de manera fiable a mi hija —respondió Corvus—. En especial, después de que aquel incendio forestal en Ulf resultara ser provocado, ¿se acuerda usted?

—Sí, canciller. Sin embargo, hay un testigo que asegura que Morrigan es la causante directa en esta ocasión.

—¿Quién? —pidió saber él.

—Un empleado de la oficina de correos oyó a la señorita Crow comentar a su abuela el buen tiempo que hacía en Jackalfax —afirmó

la mujer conforme revisaba sus notas—. El granizo comenzó cuatro horas más tarde.

Corvus suspiró hondo, se reclinó en su asiento y dirigió a su hija una mirada de pocos amigos.

—Muy bien. Continúe.

Morrigan frunció el ceño. Jamás en su vida había comentado a nadie «el buen tiempo que hacía en Jackalfax». Lo único que recordaba de aquel día era haberse vuelto hacia la abuela en la oficina de correos y haberle dicho: «Qué calor hace, ¿verdad?», cosa que no era lo mismo en absoluto.

—Un hombre del pueblo, Thomas Bratchett, murió hace poco de un ataque al corazón...

—Nuestro jardinero, lo sé —la interrumpió Corvus—. Las hortensias están sufriendo desde entonces. Qué vergüenza, Morrigan... ¿Qué le hiciste al pobre anciano?

—Nada.

Su padre la contempló escéptico.

—¿Nada? ¿Nada de nada?

Ella reflexionó un instante.

—Solo le dije lo bonitos que estaban los parterres.

—¿Cuándo?

—Hace un año más o menos.

Corvus y la trabajadora social se miraron. La mujer suspiró muy despacio y continuó:

—Su familia está siendo extremadamente generosa con este asunto. Lo único que quiere es que usted pague los gastos del funeral y el entierro, que mande a sus nietos a la universidad y haga una donación a la organización benéfica con la que colaboran.

—¿Cuántos nietos son?

—Cinco.

—Dígale que pagaré la matrícula de dos. Prosiga.

—El director del instituto... ¡Ah!

La señora dio un respingo cuando Morrigan se inclinó hacia de-

lante para coger una pasta. No obstante, se calmó al comprobar que la niña no tenía intención de tocarla.

—Eh... Sí... El director del Instituto de Secundaria Jackalfax nos ha enviado por fin la factura para cubrir los daños ocasionados por el fuego. Dos mil *kreds* son suficientes.

—Dijeron en el periódico que la encargada del comedor se había dejado el horno encendido toda la noche —replicó ella.

—Correcto —añadió la asistente social sin apartar la vista del papel que tenía ante sus ojos—. También aclaraban que había pasado por la Mansión de los Crow el día anterior y se había cruzado contigo en los terrenos de la propiedad.

—¿Y...?

—Afirmó que tuvisteis contacto visual.

—Nunca —contestó ella, sintiendo como la sangre empezaba a subirle a la cabeza.

Aquel fuego no había sido culpa suya. Jamás tuvo contacto visual con nadie. Ella sabía muy bien cuáles eran las reglas. La encargada del comedor estaba mintiendo para lavarse las manos de lo que había ocurrido.

—Está todo en el informe de la policía.

—Es una mentirosa —dijo Morrigan, volviéndose hacia su padre.

No obstante, él se negó a mirarla a los ojos. ¿Sería posible que de verdad creyera que ella también era la culpable de aquello? ¡La encargada admitió que se había dejado el horno encendido toda la noche! La injusticia de la situación hizo que se le formara un nudo en el estómago.

—¡Esa mujer está mintiendo! Yo nunca...

—Ya es suficiente —le espetó su padre de manera tajante, haciendo que su hija se desplomara en su asiento y se cruzara de brazos.

Corvus carraspeó de nuevo e hizo un gesto de asentimiento a la mujer.

—Puede usted enviarme la factura —añadió el canciller—. Y, por favor, acabe con la lista. Tengo la agenda de hoy llena de reuniones.

—Eso... Eso es todo desde el punto de vista económico —respondió la asistente social conforme trazaba una línea de un lado a otro en la parte inferior de la hoja con dedos temblorosos—. Hay solo tres cartas de disculpa que ha de escribir la señorita Crow este mes. A una mujer del pueblo, la señora Calpurnia Malouf, por su cadera rota...

—Demasiado mayor para ponerse a patinar sobre hielo con la edad que tiene... —murmuró Morrigan.

—Otra a la Asociación de Productores de Mermelada de Jackalfax por haber arruinado un lote entero de dicho producto. Y una más a un chico llamado Pip Gilchrest, que perdió el Concurso Estatal de Ortografía de Gran Wolfacre la semana pasada.

Los ojos de Morrigan se abrieron como platos.

—¡Lo único que hice fue desearte buena suerte!

—Precisamente por eso, señorita Crow —añadió la mujer mientras entregaba la lista a Corvus—. Ya debería saberlo... Canciller, supongo que estará usted buscando en estos momentos un nuevo tutor para la niña...

Corvus suspiró.

—Mis ayudantes han contactado con todas las agencias que hay en Jackalfax, así como con otras más alejadas de la capital. Al parecer, nuestro gran Estado se halla atravesando una severa sequía en lo que se refiere a educación privada —dijo, enarcando una ceja con gesto escéptico.

—¿Qué fue de la señorita...? —preguntó la asistente social, consultando sus notas—. Linford, ese era su nombre, ¿verdad? La última vez que nos entrevistamos me comentó usted que estaba trabajando muy bien.

—Una mujer débil e ineficaz —respondió Corvus con una mueca desdeñosa—. Apenas duró una semana. Se marchó sin más una tarde y nunca regresó. Nadie sabe por qué.

No era cierto. Morrigan sí sabía la razón.

El miedo que tenía la señorita Lindford a la maldición de su

alumna era tan grande que se negaba a permanecer en la misma habitación que ella. Era algo extraño e indigno tener a alguien gritándote las conjugaciones verbales en *gromés* desde el otro lado de la puerta. Morrigan había ido sintiéndose cada vez más y más molesta hasta que, al final, acabó por meter un bolígrafo roto por el ojo de la cerradura, puso la boca en el extremo, sopló con fuerza y le llenó la cara de tinta negra a la señorita Lindford. Tenía que admitir que aquella no había sido precisamente una de las acciones más elegantes de su vida.

—En la Oficina de Registro tenemos una breve lista de profesores que estarían dispuestos a trabajar con niños malditos. Una lista muy breve —dijo la asistente social, encogiéndose de hombros—, pero puede que haya alguien que... .

—No hay necesidad —la interrumpió Corvus, indicándole con una mano que se detuviera.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Usted misma lo ha dicho. No queda mucho para la Nocturnal.

—Sí, pero... sigue siendo un año todavía...

—No obstante, sería una pérdida de tiempo y de dinero a estas alturas, ¿no le parece?

Morrigan se revolvió incómoda en su asiento al escuchar las palabras de su padre y levantó la vista. Incluso la asistente social pareció sorprendida.

—Con todo el respeto, señor canciller, la Oficina de Registro de Niños Malditos no lo considera una pérdida de tiempo en absoluto. Nosotros creemos que la educación es algo imprescindible en la infancia.

Corvus entornó los ojos con gesto de contrariedad.

—Aun así, pagar por una educación parece un tanto carente de sentido cuando esta infancia en particular va a ser interrumpida de forma prematura. Personalmente, soy de la opinión de que, en primer lugar, ni siquiera tendríamos que habernos molestado nunca. Mejor hubiera sido enviar a mis perros de caza al colegio; a buen

seguro que sus expectativas de continuidad habrían sido mucho mayores y su formación me habría resultado bastante más útil.

Morrigan dejó escapar un corto y seco grito ahogado de sorpresa, como si su padre acabara de lanzarle un enorme ladrillo al estómago.

Ahí se alzaba ante ella: la verdad que desde hacía tanto tiempo había estado reprimiendo. Algo que podía ignorar pero nunca olvidar. La verdad que ella, al igual que todos los niños malditos, llevaba escrita en la frente, tatuada en el corazón: «Moriré la noche que llegue la Nocturnal».

—Estoy seguro de que mis colegas del Partido del Mar Invernal estarían de acuerdo conmigo —prosiguió Corvus, mirando fijamente a la mujer y haciendo caso omiso de la incomodidad que sentía su hija—. En particular, los que manejan los fondos de su pequeño departamento.

A continuación, se hizo un largo silencio. La trabajadora social miró de soslayo a Morrigan y comenzó a recoger sus cosas. A la niña no le hizo ninguna gracia el gesto de compasión que acababa de poner la mujer.

—Muy bien. Informaré a la Oficina de Registro de Niños Malditos de su decisión. Que tengan un buen día, canciller y señorita Crow.

Acto seguido, sin mirar atrás, la asistente social salió a toda prisa del despacho. Corvus apretó un timbre que había encima de su escritorio y llamó a sus ayudantes.

Morrigan se levantó de su asiento. Se moría de ganas de gritarle a su padre; sin embargo, en su lugar, preguntó con voz trémula y tímida:

—¿Quieres que...?

—Haz lo que te parezca —replicó el canciller de modo cortante a la vez que revolvía entre los papeles que había sobre la mesa—. Pero no me molestes.



Querida Señora Malouf:

Lamento de veras que no sepa usted patinar sobre hielo.

Lamento que le pareciera una buena idea salir a hacerlo; sobre todo, considerando que tiene usted un millón de años y que sus quebradizos huesos podrían partirse en dos ante la más ligera brisa.

Lamento haberle roto la cadera. No fue mi intención.

Espero que se recupere lo antes posible. Por favor, acepte mis más sinceras disculpas y que se mejore.

Saludos cordiales,

Morrigan Crow

Tumbada en el suelo de la segunda de las salas de estar, Morrigan reescribió con cuidado las últimas frases en una hoja de papel nueva y la introdujo en un sobre, aunque no lo selló. En parte, porque Corvus le había dicho que quería echar un vistazo a la carta antes de que fuera enviada, y también, por la improbable posibilidad de que su saliva pudiera llevar de golpe a alguien a la bancarrota o, lo que era peor, provocarle una muerte repentina.

De pronto, el repiqueteo de unos tacones recorriendo el pasillo con paso firme hizo que se le helara la sangre. Miró el reloj de la pared. Era mediodía. Puede que fuera la abuela, que volvía a casa para tomar el té con sus amigas. O su madrastra, Ivy, en busca de alguien a quien echar la culpa de un araño en la vajilla o un pequeño descosido en las cortinas. La segunda sala de estar solía ser un buen sitio para esconderse, ya que era la estancia más sombría de toda la casa y apenas entraba la luz del sol. De hecho, a nadie le gustaba, salvo a ella.

Los pasos se desvanecieron y Morrigan pudo dejar de contener la respiración. A continuación, se dirigió a la cadena de música, giró la pequeña rosca metálica y fue haciendo chirriar el dial a través de

las distintas ondas de radio hasta dar con una emisora que transmitía las noticias.

«La matanza invernal de dragones de cada año continúa esta semana en el extremo noroeste de Gran Wolfacre. Han sido más de cuarenta los pérfidos reptiles abatidos por la Fuerza de Erradicación de Fauna Peligrosa. No obstante, la FEFP ha recibido informes de un número cada vez mayor de encuentros con dragones cerca del balneario de Cascadas Profundas, un destino vacacional para...»

Morrigan redujo a un mero zumbido de fondo la voz pija y nasal del locutor y comenzó a escribir la siguiente carta.

Querido Pip:

~~*Siento mucho que creyeras que «MELAZA» se escribe con «S».*~~

~~*Siento mucho que seas un idiota.*~~

~~*Siento mucho que no ganaras el concurso de ortografía por ser un idiota. Por favor, acepta mis más sinceras disculpas por cualquier contrariedad que yo haya podido causarte. Te prometo que nunca más volveré a desearte buena suerte, canijo-desagradecido...*~~

~~*Atentamente,*~~

~~*Morrigan Crow*~~

En ese momento, un grupo de gente comenzó a hablar por la radio sobre cómo habían perdido sus casas debido a las inundaciones en Prosper, y de los seres queridos y las mascotas a los que habían visto alejarse en la riada cuando las calles se convirtieron de la noche a la mañana en violentos torrentes de agua.

Querida Asociación de Productores de Mermelada de Jackalfax:

Lo lamento de veras, pero ~~no creen ustedes que hay cosas peores en esta vida que el que se eche a perder la mermelada?~~

«En unos instantes abordaremos el siguiente asunto: «Podría estar la Nocturnal más cerca de lo que pensamos?», continuó diciendo el locutor, lo que hizo que Morrigan se quedara paralizada en el acto al oír otra vez esa palabra maldita. «Mientras que la mayoría de los expertos coinciden en señalar que queda más de un año todavía para la llegada de la próxima Era, un pequeño número de cronologistas alternativos creen que quizá celebremos su llegada mucho antes de lo que creemos. ¿Darán en el clavo o es solo que les falta un tornillo?»

Un ligero escalofrío le subió por la nuca. No obstante, decidió no darle demasiada importancia. «Les falta un tornillo», se dijo a sí misma con tono desafiante.

La voz nasal procedente de la radio continuó:

«Pero, antes de nada, hemos de subrayar la incertidumbre que se vive en la capital ahora mismo por culpa de los rumores que siguen extendiéndose acerca de una inminente escasez de fabulano. Uno de los portavoces de Industrias Squall ha manifestado públicamente su opinión en una rueda de prensa llevada a cabo esta misma mañana».

Acto seguido, un hombre empezó a hablar en tono pausado por encima del murmullo de fondo de los periodistas:

«No hay ninguna crisis en Industrias Squall. Los rumores existentes en torno a una escasez energética en la República son completamente infundados. No me cansaré de repetirlo».

«¡Hable más alto!», gritó alguien al fondo.

«La República tiene tanto fabulano como siempre. Seguimos cosechando los beneficios de este abundante recurso natural», continuó el portavoz, alzando la voz.

«Señor Jones —lo interpeló uno de los reporteros—, ¿piensa responder a los informes que han salido a la luz recientemente en los que se habla de penuria energética y de un mal funcionamiento de la tecnología fabulánica en los estados de Southlight y de Sang Oriental? ¿Está Ezra Squall al tanto de estos problemas? ¿Saldrá alguna vez de su vida retirada para enfrentarse al conflicto?»

El hombre carraspeó.

«Les repito que eso no son más que estúpidos chismes y rumores para asustarnos. Nuestros sistemas de monitorización de última generación no muestran en absoluto carencia de fabulano, ni tampoco ninguna disfunción en los dispositivos fabulánicos. El Faburrail opera con absoluta normalidad, igual que la eléctrica y el Servicio Público de Salud Fabulánica. Y en lo que respecta al señor Squall, me consta que es más que consciente de ser el único proveedor a nivel nacional de fabulano y sus productos derivados. Industrias Squall tiene una gran responsabilidad. Y nos hallamos tan comprometidos como siempre con...»

«Señor Jones, se especula con que puede haber cierta relación entre la carestía de fabulano y los niños malditos. ¿Puede comentarnos algo al respecto?»

A Morrigan se le cayó el bolígrafo nada más oír aquello.

«No... no estoy seguro... no estoy seguro de lo que quiere decir...», tartamudeó el portavoz como si acabaran de cogerlo desprevenido por completo.

El periodista insistió:

«Bueno, Southlight y Sang Oriental tienen en total tres niños malditos, según los registros estatales... No como el Estado de Prosper, que no tiene ninguno registrado y que tampoco ha sufrido escasez alguna de fabulano. Gran Wolfacre tiene también un niño maldito, la hija del eminente político Corvus Crow... ¿Es posible que pueda ser el próximo Estado golpeado por la crisis?».

«Le repito por enésima vez que no existe tal crisis.»

Morrigan dejó escapar un gruñido molesto y apagó la radio.

Ahora iban a echarle la culpa de algo que ni siquiera había sucedido aún. ¿Cuántas cartas de disculpa tendría que escribir el próximo mes? Solo de pensarlo empezaban a darle calambres en la mano. Suspiró y agarró el boli de nuevo.

Querida Asociación de Productores de Mermelada de Jackalfax:

Lamento de veras lo de la mermelada.

Atentamente,

M. Crow



El padre de Morrigan era el canciller de Gran Wolfacre, el más grande de los cuatro estados que componían la República de Mar Invernal. Era un hombre muy importante y ocupado, que seguía trabajando incluso las raras veces en que se hallaba en casa a la hora de la cena. A su izquierda y a su derecha se sentaban, respectivamente, Izquierda y Derecha, su siempre presente pareja de ayudantes, lo cual no quiere decir que estos fueran los mismos en todo momento. Al contrario, Corvus despedía y contrataba a colaboradores nuevos cada dos por tres, y por esa razón había dejado de referirse a ellos por sus nombres reales.

—Envíe una nota al General Wilson, Derecha —estaba diciendo en el momento en que Morrigan se sentaba a la mesa con ellos aquella noche—. Su oficina ha de remitirnos el presupuesto destinado al nuevo hospital de campaña para principios de primavera a más tardar.

Justo enfrente se sentaba su madrastra, Ivy, y en el extremo opuesto, alejada de todos, la abuela. Nadie miraba a Morrigan.

—Sí, canciller —respondió Derecha, al tiempo que sostenía en la mano unas muestras de tela azul—. ¿Y qué hay de la nueva tapicería de su despacho?

—La azul cerúleo diría yo... Pregúntele a mi esposa sobre ese tema. Ella es la experta en la materia, ¿verdad, querida?

Ivy esbozó una sonrisa radiante.

—La azul aciano, amor —dijo ella con una risita tintineante y fresca—. Para que vaya a juego con el color de tus ojos.

Su madrastra no encajaba muy bien en la Mansión de los Crow. Sus cabellos dorados y su piel tostada por el sol (fruto del reciente verano que había pasado «desestresándose» en las gloriosas playas del sudeste de Prosper) eran lo opuesto al pelo negro como la noche y la tez pálida y enfermiza que caracterizaban a la familia Crow. Los Crow nunca se ponían morenos.

Morrigan pensaba que quizá aquella fuera la razón por la que a su padre le gustaba tanto Ivy. Ella no se parecía en nada a ninguno de ellos. Allí sentada, en aquel comedor mortecino, tenía el aspecto de una obra de arte exótica que se hubiera llevado a casa después de unas largas vacaciones en algún remoto rincón del mundo.

—Izquierda, ¿alguna noticia del Campamento 16 y el brote de sarampión?

—Está bajo control, señor. Aunque siguen sufriendo apagones.

—¿Cada cuánto?

—Una vez a la semana. A veces, dos. El descontento está creciendo en las ciudades fronterizas.

—¿En Gran Wolfacre? ¿Está seguro?

—No ha habido disturbios como los acontecidos en los suburbios de Southlight, señor. Tan solo un nivel relativamente bajo de pánico.

—¿Y piensan que es debido a la escasez de fabulano? Bobadas... Aquí no tenemos ningún problema. La Mansión de los Crow jamás ha funcionado con mayor fluidez y operatividad. Observen esas luces... Brillantes como el sol. Nuestros generadores rebosan energía.

—Sí, señor —añadió Izquierda visiblemente incómodo—. Eso... no ha pasado inadvertido a la gente.

—Oh, quejas, quejas y más quejas... —graznó una voz desde la otra punta de la mesa.

La abuela se hallaba muy compuesta, como siempre que se arreglaba para la cena, con un vestido largo de color negro y alhajas alrededor del cuello y en los dedos. Su áspera y gris cabellera estaba recogida en un formidable moño sobre la coronilla.

—No hay ninguna escasez de fabulano, solo una panda de gorriones que no ha pagado las facturas energéticas. No me extrañaría que Ezra Squall les cortara el suministro por completo. Desde luego, yo no se lo reprocharía —añadió conforme cortaba su filete en pequeños y sanguinolentos trocitos.

—Cancelen mi agenda para mañana —ordenó Corvus a sus ayudantes—. Haré una visita a las ciudades fronterizas. Unos cuantos apretones de manos y esas cosas... Eso debería bastar para hacerlos callar una temporada.

La abuela soltó una risita malévola.

—Lo que necesitan es una buena sacudida en la cabeza. Tienes mucho temple, Corvus, ¿por qué no lo usas?

El semblante de Corvus se agrió de repente. Morrigan intentó no reírse. Ya en una ocasión había oído decir a una de las doncellas que la abuela era una «vieja y fiera ave de presa disfrazada de respetable señora». En aquel momento, no pudo sino estar de acuerdo con aquella afirmación, si bien tampoco podía evitar disfrutar de la fiereza de la abuela cuando no era ella el blanco de sus dardos.

—Mañana... mañana es el Día de la Puja, señor —recordó Izquierda—. Todo el mundo espera que haga un discurso en favor de los niños candidatos.

—Madre mía, tiene usted razón... —replicó Corvus—. Qué fastidio. Supongo que no puedo volver a cancelarlo este año. ¿Dónde y a qué hora?

—Es en el Ayuntamiento. A mediodía —respondió Derecha—. Asistirán los niños del Colegio de San Cristóbal, la Academia Mary Henwright y el Instituto de Secundaria Jackalfax.

—Muy bien —contestó Corvus, suspirando de mala gana—. Pero llamad al *Chronicle*. Aseguraos de que cubren toda la visita.

Morrigan tragó el trozo de pan que tenía en la boca.

—¿Qué es el Día de la Puja?

Como solía suceder cada vez que ella decía algo, todos se volvieron y la miraron con una vaga expresión de sorpresa, como si se tratase de una lámpara a la que acabaran de salirle patas y se hubiera puesto a bailar claqué por la habitación.

Después de un instante de silencio, su padre, obviando por completo que alguien hubiera hablado, continuó:

—Quizá podríamos invitar a las organizaciones benéficas infantiles municipales. Sería una buena publicidad; ya saben: hacer algo por los más desfavorecidos y esas cosas.

—Corvus, por el amor de Dios... —protestó la abuela—. Solo te hace falta un niño zangolotino con el que posar en la foto y ya está. Tendrás cientos entre los que elegir. Tú simplemente coge al más fotogénico, le estrechas la mano y te marchas. ¿Qué necesidad tienes de complicarte la vida?...

—Mmm... —replicó él, asintiendo—. Bien pensado, Madre. Páseme la sal, ¿quiere, Izquierda?

—De hecho, señor... —añadió Derecha, carraspeando tímidamente—. Puede que no sea tan mala idea incluirlas. Nos garantizará la primera página en todos los periódicos.

—A sus índices de valoración en las áreas más remotas les vendría bien un empujón —puntualizó Izquierda mientras alcanzaba el salero lo más rápido que podía.

—No es necesario que lo diga de manera delicada, Izquierda —dijo Corvus, enarcando una ceja y mirando con el rabillo del ojo a su hija—. Ya sé que mis índices de valoración necesitan de un empujón en todas partes.

Un cierto sentimiento de culpa hizo estremecer muy levemente a Morrigan. Sabía que el mayor reto en la vida para su padre era, a pesar de todas las desgracias e infortunios que le ocasionaba su

única hija, intentar mantener vivo el afecto y la consideración de los votantes de Gran Wolfacre. No en vano, que esta fuera su quinta candidatura como canciller estatal a pesar de este hándicap era para Corvus Crow un milagro renovado día a día; sin embargo, la idea de dejar de gozar de aquella suerte improbable era algo que cada vez le generaba mayor ansiedad.

—Pero Madre está en lo cierto, no merece la pena que sobrecarguemos el evento —continuó—. Encuentren otro modo de conseguirme una foto en la primera página de los periódicos.

—¿Es una subasta? —preguntó Morrigan.

—¿Una subasta? —replicó Corvus de forma cortante—. ¿De qué diablos estás hablando?

—El Día de la Puja.

—Oh, por el amor de Dios... —dijo él con impaciencia a la vez que volvía su atención de nuevo hacia los papeles—. Ivy, explícaselo, ¿quieres?

—El Día de la Puja —comenzó a decir su madrastra, haciéndose la interesante— es el día en que los niños que han completado la primaria reciben las ofertas académicas, un evento que les abrirá las puertas de la felicidad en el futuro.

—O del dinero —puntualizó la abuela.

—Sí —prosiguió Ivy ligeramente contrariada por la interrupción—. Si son buenos en lo suyo, o tienen mucho talento, o sus padres poseen el dinero suficiente para sobornar a alguien, entonces alguna persona respetable procedente de una buena institución educativa aparecerá y hará una oferta por ellos.

—¿Todo el mundo recibe una oferta? —preguntó Morrigan.

—¡Cielo santo, por supuesto que no! —exclamó su madrastra riéndose.

Justo en ese momento, entró una de las doncellas con un cuenco lleno de salsa y lo colocó junto a ella. Ivy añadió con un susurro:

—Si todo el mundo recibiera educación, ¿de dónde saldrían los sirvientes?

—Pero eso no es justo —protestó ella mientras observaba cómo la doncella salía del comedor a toda prisa con expresión avergonzada—. Además, sigo sin entenderlo; ¿qué es por lo que pujan?

—Por el privilegio de supervisar la educación del niño —las interrumpió impaciente Corvus, a la vez que hacía un aspaviento con la mano ante su cara como si quisiera quitarse de en medio aquella conversación—. La gloria de formar las jóvenes mentes del mañana y todo eso... Izquierda, ¿a qué hora es la reunión con el presidente de la Junta de Granjeros el jueves?

—A las tres en punto, señor.

—¿Yo puedo ir? —saltó Morrigan.

Corvus pestañeó con incredulidad varias veces seguidas al tiempo que su frente se iba agrietando en cuestión de segundos.

—¿Y por qué ibas tú a querer asistir a mi reunión con el presidente de...?

—Me refiero al Día de la Puja. Mañana. A la ceremonia en el Ayuntamiento.

—¿Tú? —preguntó Ivy—. ¿Ir a la ceremonia del Día de la Puja? ¿Para qué, si se puede saber?

—Pues solo para... —contestó ella, sintiéndose de repente insegura—. Bueno, esta semana es mi cumpleaños. Podría ser mi regalo, ¿no?

Toda su familia se quedó de piedra ante la propuesta, cosa que, además, confirmaba sus sospechas de que ninguno de ellos se había acordado de que cumplía once años al cabo de dos días.

—Se me ha ocurrido que podría ser divertido... —añadió Morrigan, a la vez que bajaba el tono de voz progresivamente y agachaba la cabeza hacia su plato deseando no haber abierto la boca lo más mínimo.

—Es que no es un evento festivo —dijo Corvus con desdén—. Es un acto político. Y no, no puedes ir. No hay más que hablar. Qué idea más tonta...

Ella se hundió en su asiento sintiéndose desmoralizada y estúpida.

da. ¿Qué esperaba? Su padre tenía razón. No había sido más que una idea tonta que se le había pasado por la cabeza.

Los Crow continuaron cenando en un tenso silencio durante unos cuantos minutos hasta que...

—De hecho, señor... —dijo Derecha con tono vacilante.

Los cubiertos de Corvus rechinaron contra la vajilla.

—¿Qué? —preguntó, mirando a su ayudante con expresión amenazadora.

—Pues..., bueno..., si lo hiciera..., y no estoy diciendo que lo haga, solo que si lo hiciera... Llevar a su hija con usted, tal vez fuera de ayuda a la hora de... suavizar su imagen pública. Hasta cierto punto...

—Señor, puede que Derecha tenga razón... —añadió Izquierda, retorciéndose nervioso las manos ante la mirada encendida de Corvus—. Lo... lo que quiero decir es que, según las encuestas, la gente de Gran Wolfacre lo percibe a usted como alguien un tanto... distante.

—Frío —intervino Derecha.

—Seguro que no hace ningún mal a su índice de valoración que les recuerde que está a punto de convertirse en un... afligido padre de familia. Desde un enfoque meramente periodístico, podría dotar al evento de un punto de interés diferente y único.

—¿Cómo de único?

—Lo bastante como para asegurarse una primera página en todos los periódicos.

Corvus permaneció en silencio unos instantes, durante los cuales a Morrigan le pareció distinguir el recurrente tic en el ojo izquierdo.